

de ofrecer un retrato psicológico como ha sido norma en la gran tradición biográfica anglosajona. Por eso mismo llama la atención que aparezcan, de forma más o menos implícita, juicios algo acríticos que van desde el desafortunado título – una cosa es el bien común a secas y otra diferente la doctrina católica del “bien común”, así entre comillas– al presunto “alejamiento” del régimen motivado por su acercamiento a la causa de la restauración monárquica en la persona de Juan de Borbón. Es evidente que “Larraz nunca llegó a romper de manera definitiva con el régimen”, vista su plena disponibilidad a retomar una cartera ministerial (p. 155), por más que utilizara la sorna aragonesa para referirse al “Caudillo” y a su escaso conocimiento de los asuntos económicos. Y es bastante menos evidente, por el contrario, que “el dilema del colaboracionismo o la inhibición frente a la dictadura” dividiera profundamente a la ACNP y, menos aún, “al conjunto del movimiento católico español” (p. 134).

Pero, en general, el autor no deja de señalar los enormes límites del europeísmo “tecnocrático” de Larraz –por mucho que el conservador *Le Figaro* le presentara nada menos que como «*Le Jean Monnet espagnob*– y de sus proyectos intelectuales, desde la reforma de la Academia de Ciencias Morales –echando en cara a un colega el pecado de solicitar la conmemoración de *El espíritu de las leyes* de Montesquieu– hasta su ya citada *summa* filosófica sobre ese oscuro objeto de la doctrina social católica que llaman “bien común”. Y es que incluso para los católicos de su generación el franquismo fue un Saturno que devoró a sus propios hijos, o ahogó en la mediocridad talentos indudables como el del joven Larraz para la política hacendística, pero también para la historia económica como demuestra su

excelente trabajo sobre *La época del mercantilismo en Castilla (1500-1700)*.

Javier Muñoz Soro

IBÁÑEZ ORTEGA, Norberto y PÉREZ PÉREZ, José Antonio, Ormazábal. Biografía de un comunista vasco (1910-1982), Madrid, La Torre Literaria, 2005, 433 pp., ISBN. 84-933199-2-9.

La biografía del dirigente comunista vasco Ramón Ormazábal, *Orma*, aquí presentada es mucho más que la biografía de un político. En efecto, a lo largo de su estudio los autores presentan un panorama general de toda una época de la historia europea y española del siglo XX dispuesto en tres niveles simultáneos. En la historia social y política del País Vasco se inserta la acción política del partido comunista que durante muchos años tiene al frente a uno de los más destacados y duraderos dirigentes de ese partido, en muchos aspectos un prototipo de esa misma ideología. Norberto Ibáñez y José Antonio Pérez trazan con pulso firme y claro la trayectoria valiente y a menudo conflictiva de Ormazábal, afrontan los momentos más difíciles del Partido Comunista y su líder y analizan críticamente las decisiones políticas adoptadas en los diversos períodos, puesta la atención en los diferentes puntos de vista en juego.

Sobre todo en sus primeros capítulos, el libro es una historia de la fertilidad del comunismo vasco, de sus múltiples e importantes dirigentes en el comunismo español –Ibárruri, Uribe, Hernández, Larrañaga, Errandonea y Zapirain, entre otros–, de sus desdichas y de su sacrificio, a veces ejemplar, al servicio de su causa. Es de destacar, sin embargo, que esta nómina de dirigentes no haya aboca-

do a una obra política propia legada a la posteridad, más allá del talante luchador, ni haya hecho del comunismo vasco una fuerza política principal en algún momento de su historia. Sobre paradojas semejantes podrían los autores arrojar luz en ulteriores reflexiones.

Ramón Ormazábal pertenece a la segunda generación del comunismo español, la que se forja en la Guerra Civil y en el estalinismo. La impronta de esta época, ese llamado “temple bolchevique”, no le abandonará en ningún momento como militante y dirigente comunista, como se ve a lo largo de su biografía. La generación de Ormazábal tomó las riendas del comunismo español en la posguerra y con ellas se mantuvo al frente del partido durante todo el franquismo y la transición hasta el colapso final. Ibáñez y Pérez acompañan al dirigente vasco en todas las etapas de su periplo político, desde la II República, la Guerra Civil, el exilio, la clandestinidad y la represión, hasta la legalidad posfranquista. En todas ellas *Orma* desempeñó un papel destacado, si bien de segundo rango, y no faltaron los momentos de oscuridad y postración.

El viaje comienza en el Irún natal fronterizo, solar del primer activismo radical en los años republicanos, en tareas de agitación y propaganda. En 1935 nacería el Partido Comunista de Euskadi, sección del Partido Comunista de España (de hecho, aclaran los autores, hasta 1977 no se utiliza con propiedad el nombre de EPK-PCE, Partido Comunista Vasco. Hasta entonces, me parece entender, deberíamos hablar de comunistas vascos, militantes o dirigentes del PCE).

La caída del Norte, con el análisis de responsabilidades en Barcelona, dio lugar a una primera crisis del comunismo vasco. Después, Ormazábal vivió el final de la guerra en Madrid, enfrentado a los “ca-

sadistas”, sufrió la tragedia del cerco en el puerto de Alicante, el encierro en Albatera y en la prisión en Valencia, de donde se fuga. Tras una incierta y oculta estancia en Madrid, se pone a resguardo en el exilio francés. Siempre en precario, sobre todo si se compara su trayectoria con la paralela de Carrillo, Ormazábal pasa por Estados Unidos, México, Buenos Aires, hasta su vuelta a Europa, a Portugal. Salta a Argelia para preparar el desembarco en la guerrilla española, pero, imposibilitado por sus malas condiciones físicas, se impone nuevamente el exilio francés y la dedicación a la lucha antifranquista en territorio vasco-francés desde la dirección comunista vasca.

Con la Guerra Fría y el aislamiento de los comunistas, expulsados del gobierno vasco en el exilio presidido por Aguirre, Ormazábal vive una primera etapa de ostracismo, por causas que siguen sin conocerse. Con la lenta reconstrucción del comunismo vasco en la clandestinidad, siempre atacada por una omnipresente represión y el resurgir del movimiento obrero como telón de fondo destacado por los autores, se llega a los cambios políticos en el PCE, la Reconciliación Nacional de 1956, a los que se incorpora activamente Ormazábal. Su presencia en España, año 1962, acaba rápidamente en captura. Procesado con otros importantes militantes vascos del frente intelectual (Pericás, Ibarrola, De Nicolás, etc.), convierte el juicio, celebrado poco antes del de Grimau, en un acto de denuncia antifranquista, de propaganda de su lucha. Ormazábal es el ejemplo del temple resistente antifranquista.

El paso por el penal de Burgos presenta uno de los capítulos más controvertidos de la vida de Ormazábal, su pretensión de imponer su visión política dogmática a los demás presos comunistas, su condena

despectiva de las posiciones de Claudín-Semprún y, finalmente, a consecuencia de lo primero, su enfrentamiento con la dirección de París. Muestra del mismo temple comunista es su aceptación sumisa de las amonestaciones de la dirección y su autocrítica incondicional que le llevan a un nuevo apartamiento político.

Recuperado en los años setenta, Ramón, en libertad desde 1969, vuelve al frente del comunismo vasco. Se mueve en una sociedad vasca, “novedosa” en su evolución y desarrollo para él, a la que pretende preparar, fiel impulsor del programa carrillista, para el posfranquismo. Ormazábal, apoyado más en el obrerismo tradicional, siente que la intrusión nacionalista va minando sus posiciones políticas y su papel dirigente. Los sucesivos fracasos electorales comunistas, la pérdida de respaldo social y la falta de apoyos en la dirección central le llevan a la derrota frente a las generaciones jóvenes vasquistas y neutralizan su liderazgo. Al fin llega la escisión y el lento naufragio de las fuerzas comunistas, como le sucederá pronto al propio Santiago Carrillo. Ormazábal no llegará a ver el triste final.

La obra de Ibáñez y Pérez en conjunto aparece como una investigación a fondo, rigurosa por sus fuentes y enriquecedora de la historia del comunismo vasco, analizado en momentos significativos con detalle y precisión, ya sea la vida en los presidios de posguerra, la reconstrucción de la resistencia en los cuarenta, el renacer de la oposición en los cincuenta o el desarrollo del proceso, condena y cárcel de *Orma* —algunos de los aspectos que más me han arrastrado como lector— que los autores exponen con abundancia y riqueza de matices. No hacen, por otra parte, juicios de valor concluyentes, si bien no ahorran la presentación de los desaciertos y puntos negros que destacan

desde el contexto en que se mueve el biografiado. En la obra aparece un dirigente comunista ortodoxo, siempre fiel a su organización, de no grandes cualidades políticas e intelectuales, pero sí revestido de una tenacidad resistente hasta el límite, puesta a prueba en la larga aventura que los autores han reconstruido con dramatismo y tensión, excepto, a mi entender, en el último acto de la crisis final en que el relato zigzageante parece discutir con dificultad.

Puestos a señalar algunas sugerencias externas para posible corrección en el futuro, matizaría las referencias al PSUC (y aquí se abre un interesante tema de debate: la diferente trayectoria del comunismo catalán y vasco). Situados en los orígenes, se habla de la constitución del Partido Comunista de Euskadi en 1935, pero “su creación estuvo supeditada a las indicaciones de la Internacional Comunista, con el fin de evitar precavidamente la repetición de la experiencia catalana del [...] PSUC fuera del marco estricto del PCE.” Como es sabido, este partido catalán se funda el 23 de julio de 1936 como resultado de la fusión de la USC, la Federació Catalana del PSOE, el PCC y el PCP, con Joan Comorera como secretario general (p. 46; en octubre de 2006 precisamente se ha celebrado el I Congreso de Historia del PSUC en Barcelona).

Al aludir a los enfrentamientos con el PSOE en la época en que los gobiernos republicanos en el exilio quieren deshacerse de los comunistas, se alude (p. 175) al gobierno Giral, en 1947. En esta fecha, el presidente, como también se sabe, era Rodolfo Llopió y contaba como Ministro de Economía con el representante del PCE, Vicente Uribe.

En fin, a propósito de este último viene la tercera observación. En entrevista a

Santiago Carrillo, los autores preguntan quién decidió enviar a Ormazábal a trabajar clandestinamente en España, hecho que se produce efectivamente el 13 de mayo de 1962. En el año 2001, Carrillo reparte la responsabilidad de la decisión entre Claudín o Uribe. Conviene recordar aquí que Carrillo es el responsable de la Comisión de Interior del PCE desde 1953, es el hombre fuerte del partido desde 1956 y secretario general desde el VI congreso de diciembre de 1959. Eso significa que nada de lo referido a la actividad en el interior se decidía sin Carrillo. Por el contrario, Uribe, segundo en la jerarquía comunista en la posguerra, es defenestrado en 1956, relegado a tareas menores —cuestiones agrarias— en Praga y rebajado a simple miembro del comité central desde 1959. Vicente Uribe muere el 11 de julio de 1961, nueve meses antes de la llegada de Ormazábal a España (la entrevista con Carrillo en pp. 223-224; sobre la muerte de Uribe ver *Mundo Obrero*, 16, del 31 de julio de 1961).

Convendría que todos, y lo digo por que me afecta directamente, empezáramos a no tomar como documento de valor histórico las palabras de Santiago Carrillo sin contrastarlas debidamente, entre otras cosas probadas por su empeño en depositar la responsabilidad de muchos de sus actos en sus colaboradores, como cuando acusa a Semprún de la detención de Grimau, a Eduardo García de la expulsión de Claudín-Semprún... Lo nunca visto hasta ahora es atribuir la responsabilidad a un difunto.

Es de desear que el ejemplo de esta biografía política rinda frutos entre nosotros y dé lugar a empresas investigadoras de rigor y calidad equivalentes.

Felipe Nieto

YUSTE, Miguel Ángel, *La II República Española en el exilio en los inicios de la Guerra Fría (1945-1951)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2005, 336 pp., ISBN 84-7392-577-7.

Como el propio autor indica en su introducción, el objetivo último del libro que nos ocupa, fruto de su tesis doctoral, es contribuir a la respuesta del por qué de la gran duración del régimen franquista, centrando su atención para ello en el período de su definitivo asentamiento internacional y en la oposición política ejercida por el exilio de izquierdas. Aborda pues un tema de preferencia en la historiografía sobre el franquismo, cuyas bases ya se sentaron en la década de los ochenta, y consigue, mediante el uso de fuentes recientemente accesibles como el Archivo de la II República Española en el exilio, confirmar, matizar y refinar en gran medida la historiografía precedente. Para ello el autor se centra en el periodo de la posguerra mundial, mostrando como el fracaso de la opción presentada por las fuerzas agrupadas en las instituciones republicanas no fue causado únicamente por las condiciones internacionales abrumadoramente opuestas. Para el autor las causas de la derrota del gobierno exiliado fueron endógenas; para demostrarlo se fija en las principales áreas en las que el gobierno se mostró deficiente y que bastaban, a pesar del marco internacional, para augurar su derrota.

En primer lugar su relación con el resto de fuerzas de la oposición antifranquista resultó lo suficiente tensa como para imposibilitar la unificación de éstas en torno al objetivo común: el derribo del franquismo. Esto dio lugar a la aparición de “representatividades paralelas” del antifranquismo que hacían más difícil la ob-